

“GLOSAS A LA NACIÓN BOLIVIANA”¹

Quisiera verme íntegramente entendido. Esto no va a resultar demasiado fácil. Intento decir algo, en efecto, de tan áspera y agraz novedad, que su desarrollo, aún esquemático, exigirá la previa aportación de cierto número de reflexiones convergentes. Ha de resumirse aquí, en abreviatura, el itinerario que a mi propio espíritu —retardado a veces por espirales discursivas o extraviado entre laberintos de duda— le ha sido fuerza recorrer, en ocasiones con gran trabajo, entre la consideración —o mejor, emoción— inicial del problema, y el esclarecimiento —o mejor, deslumbramiento— de la solución que me parece preconizable para el mismo.

Cronológicamente, este camino espiritual ha durado cuatro años. Habrá ahora que resumirlo en unas líneas.

Y, todavía las dificultades dimanadas de la extensión no son las más duras. Peor, la necesidad de reducir a un orden de disertación redactada —aunque alivie su rigidez el recurso al género de los que llamo “glosas”, orden que pertenece inexcusablemente al tipo del llamado por Cournot “orden lineal”—, algo que, en la complejidad auténtica de su gestación intelectual originaria, correspondió al “orden multipolar”, es decir, al orden mismo de la vida.

Se comprenderá así que estas breves notas sólo representan el proceso mental de donde han nacido, al modo que una “curva de Marey”, dibujada por un fisiólogo, representa, por ejemplo, el proceso de una respiración animal y la maravilla de su ritmo.

Añadiré que, si antes he hablado de la novedad de mi argumento, puedo jurar en Dios y en mi ánima no sacar de aquélla contentamiento de vanagloria, antes desabrimiento de humillación... Para quien sirve lealmente, como yo, al ideal clásico, toda excesiva novedad y la sorpresa que de ella puede recibirse, constituyen notas de desfavorable pronunciamiento. Y lo mejor, “pensar a continuación” de lo pensado por otros. Que la originalidad de que gusta el clasicista no es la del salto, es la del avance...

Pero, a veces, no hay más remedio que saltar.

¹ *La Nación* (Buenos Aires) —número extraordinario dedicado al centenario de Bolivia—, 6-VIII-1925, p. ¿?; reproducido en “El problema educativo en América. Glosas aplicables al Perú”, *Revista Universitaria* (Cuzco), tercer trimestre 1925; en *Cultura venezolana* VIII, n.º. 66, septiembre de 1925, pp. 202-210; y n.º. 67, octubre de 1925, pp. 41-51; en *Universidad*, Universidad de San Francisco Xavier de Sucre (Bolivia), vol. VI, núm. 19, enero-marzo 1939, pp. 41-¿?; y en Mariano Baptista Gumucio, *Antología pedagógica de Bolivia*, Enciclopedia boliviana, Editorial Los Amigos del Libro, La Paz-Cochabamba, 1979, pp. 73-93. La propuesta formulada en estas glosas fue reiterada años después en una serie de glosas publicadas en el marco de la serie “Estilo y cifra”, en “La Vanguardia”:

- ¿Utopías? (8-VIII-1944, p. 3) —<http://www.unav.es/gep/dors/EyC,1944.40b.htm>;
<http://www.unav.es/gep/dors/EyC,1944.40.htm>—,
- La estafeta didáctica (21-IX-1944, p. 2), —<http://www.unav.es/gep/dors/EyC,1944.46b.htm>;
<http://www.unav.es/gep/dors/EyC,1944.46.htm>—
- Vuelen mis epístolas (Nuevamente a la maestra alarmada / A un artista curioso) (24-IX-1944, p. 7) —<http://www.unav.es/gep/dors/EyC,1944.47b.htm>;
<http://www.unav.es/gep/dors/EyC,1944.47.htm>—
- y Postrer correo de vacaciones (11-X-1944, p. 3) —
<http://www.unav.es/gep/dors/EyC,1944.49b.htm>;
<http://www.unav.es/gep/dors/EyC,1944.49.htm>—.

“In anima nobili”

Este argumento, que aspira a traducir y a compensar mi ardua tarea, se reduce a la investigación de cuál pueda ser la norma fundamental aplicable a la educación pública de un pueblo como Bolivia.

Para realizar esta investigación *“in anima nobili”*, he escogido precisamente a Bolivia. Y esto —entre otras circunstanciales razones— porque la delimitación del objeto, la posibilidad de que ciertas notas por mí observadas, encuentren más autorizada confirmación en otros estudios, publicaderos en el mismo lugar que el presente; y, por fin, la esperanza de ver que mis conclusiones, acogidas con interés, han señalado otras tantas ventajas para un ensayo, cuyo precio me gustaría doblar, dándole, a la vez que rigor teórico, pragmático alcance.

Pero también desearía que se entendiera cuanto de Bolivia y para Bolivia se diga aquí, aplicable a la pluralidad de los países, entre aquellos integrados en el conjunto que —en lenguaje de amor, no de posesión— llamamos los españoles “nuestra América”. Y aplicable también a la misma España, aún al mundo, con sólo poner “pueblo” donde se habla, por ejemplo, de “raza”.

El pozo que, abierto en cualquier punto de la superficie de la tierra, se ahondara indefinidamente, llevaría al centro de la tierra. Así, la investigación sincera sobre cualquier pueblo, al profundizarla, nos acerca inevitablemente al hombre... Quien esto escribe ha querido, por otra parte, que su procedimiento filosófico siempre fuese el mismo: por la anécdota, a la categoría; por la glosa, a la dialéctica; por el novecientos, a la eternidad; por la ciudad, al orbe; por el oficio, a la nobleza; por lo concreto, a lo absoluto...

Así, cuando habla de la norma fundamental de la educación pública en Bolivia, habla, al mismo tiempo, de lo que, a su juicio, debe constituir, en términos de generalidad amplísima, “la norma fundamental de la educación”.

Pregunta y enumeración

Empezaremos por una pregunta, según las buenas tradiciones socráticas. Empezaremos por la pregunta siguiente: ¿cuáles elementos, en la vida actual boliviana, pueden solicitar el interés de un extranjero especializado en la atención y consideración de los valores espirituales?

Con lo estricto y preciso en la formulación de esta pregunta, quiero expresamente excluir del campo de la respuesta cualquier alusión a dos grandes secciones de la realidad. Quiero excluir, por un cabo, a los elementos de índole económica o política, sujetos a un subjetivismo utilitario; elementos de gran trascendencia, sin duda, mas que, para lo nuestro y por el instante, no nos importan. He querido igualmente excluir, por el otro cabo, a los factores de interés puramente sentimental, estético o cordial, de apreciación subjetiva también. No podrá, pues, contestarse, que en Bolivia son muy ricas las minas o sublimes los paisajes de altura. Ni tampoco, dar las razones por las cuales este país interese a quien tiene en él un negocio, o un amigo, o novia nacidos allí.

Todavía otra exclusión, otra simplificación. Al tomar, en nuestra pregunta, como agente experimental a un extranjero, ya dejamos fuera del campo a una porción de motivaciones del

interés, que, con la cercanía y la familiaridad, ganan sentido, pero que, introducidas en el examen global de la cuestión, iban a embrollarla, acreciendo el inconveniente de su dificultad sin demasiada ventaja en las virtudes de su exactitud... La cercanía también deforma. A mí, por ejemplo, que he nacido en Cataluña y allí he vivido y ejercido funciones públicas, la diferencia entre la Cataluña de montaña y la marinera puede parecerme llena de sabor y de claridad; pero comprendo perfectamente que, lejos de allí, el extranjero se desinterese del distingo y hable, en síntesis, del carácter catalán como de una especialidad única dentro de la geografía psicológica de España; o bien, aun más ampliamente, del carácter español dentro de la geografía psicológica de Europa. De igual suerte, el extranjero a Bolivia de nuestra hipótesis tiene derecho, en una investigación como la presente, a dejar de lado, verbigracia, el hecho —apreciable, sin duda, pero no lo bastante significativo— de que en Bolivia existan teósofos. En cambio, no podrá prescindir del otro hecho, de que en Bolivia existan indios, quichuas o aymaras.

Pues bien, en tales condiciones, con aquella analítica delimitación del objeto y, a la vez, con esta sintética lejanía de panorama, repitamos la pregunta: ¿cuáles elementos de significación espiritual encontramos en este país?

Una lacónica enumeración, en respuesta a la lacónica pregunta:

Vemos en Bolivia:

Primero: Un grupo selecto y reducido de creadores intelectuales, cuya obra se puede equiparar —en calidad, si no en extensión—, con la de cualquiera de los grupos análogos de cualquier otro país, de América o de Europa, y cuyas costumbres y mentalidad son las vigentes en la “civitas Dei” de la cultura universal.

Segundo: El ejercicio de una tarea pedagógica o de instrucción dentro del país; entendiéndola en toda su extensión, desde la obra de la Universidad Mayor de San Francisco Xavier de Chuquisaca, hasta la última y más rudimentaria de las escuelas rurales.

Tercero: Un arte popular y, en términos más generales, un folklore, llenos de color y de tradición, y en que nuestra curiosidad y nuestra sensibilidad encuentran picante incentivo y sabroso goce; toda una obra colectiva y anónima, de creación espiritual, profunda y auténtica.

Cuarto: La existencia de una raza especial, cuya ingenuidad y persistencia, carácter y condiciones de vida, nos conmueven y apasionan.

Cuatro elementos, pues, para el extranjero especializado en la atención de los valores espirituales... Podrán existir otros de la misma importancia. Aquí, en Europa, los desconocemos. Cuando un europeo espiritual —que no tenga intereses económicos o políticos en este país, o singular relación afectiva con sus gentes, o fidelidad a ciertos recuerdos, o afición a ciertos paisajes— habla de Bolivia, tenga el boliviano por seguro que aquél piensa: o en sus autores, o en su enseñanza, o en su folclores y arte popular, o en su “raza de bronce”.

Agrupamiento: dos contra dos, en disposición geométrica

Adelantemos un paso más en nuestro examen. Hemos destacado cuatro elementos en la vida boliviana, cuatro motivos de interés espiritual. Un poco de reflexión a ellos aplicada nos llevaría muy pronto a distribuir este conjunto en masas distintas; luego, a advertir una luminosa simetría en esta distribución.

Ofrécese, en primer lugar, dentro de aquél, un elemento que se destaca de los demás por su valor “activo” en el servicio de la cultura. La minoría selecta de los creadores intelectuales ejerce aquí, como en cualquier parte, una función —que puede incluso tener carácter de involuntaria— sobre la sociedad a que pertenece... Ya se entenderá, cuando hablo de creaciones espirituales, que no me refiero exclusivamente a la producción de libros. El artículo, el discurso, la conversación, la correspondencia y aun el hecho sencillo de adoptar, de mantener y cambiar ciertas costumbres elegantes, tiene también su precio para la producción de valores.

Salte ahora nuestra observación desde esta minoría culturalmente activa al otro extremo: a la inmensa masa que ocupa, frente a aquélla, una posición de “pasividad”. Cuando esta masa inmensa pertenece a una raza o razas primitivas, el problema de su civilización se complica bastante. Pero, en rigor —ya lo hemos dicho—, si pasando de uno a otro país el término “raza” se sustituye por el término “pueblo”, aquel problema no varía demasiado. Y aunque “pasividad” no signifique, precisa y necesariamente, “resistencia”, siempre hay, en la existencia de esta mayoría pasiva, para el otro elemento, para la minoría culturalmente activa, una dificultad, una angustia tal vez.

Entre los extremos, el contenido de los dos elementos que restan, ofrece un carácter predominantemente “instrumental”. Viene a ser el elemento pedagógico, como un arma, que en cada país blande la cultura activa, para someter a normas superiores a la masa popular o racial; bien en obra y tarea de imposición, bien en ímpetu y ejercicio de generosidad.

Recíprocamente, el elemento folklórico representa siempre el arma con que se defiende el pueblo —el pueblo basto, anónimo y oscuro—. Porque sería un error creer que aquel ademán pasivo revela una esterilidad. No. En lo hondo y a su manera, la masa produce también y lentamente se revela en instituciones. Se defiende sobre todo. Arma contra arma, golpe contra golpe. Al golpe de ataque que da en la elocuente luminosidad del periódico el artículo de propaganda, la noticia del día, contesta, en la balbuciente oscuridad el pago, el malicioso refrán. Al libro nuevo, replica la inmemorial canción. Al monumento esculpido, el poncho bordado...

Me he impuesto a mi mismo, como servidumbre de la presente investigación, el no rehuir ningún fastidio, ni siquiera el de las repeticiones didácticas. Déjeseme, pues, fastidiosamente repetir, esquematizado, el cuadro de este antagonismo espiritual. De los cuatro elementos de interés, dos fuerzas, dos instrumentos. Por un lado, la minoría de cultura, con su instrumento de enseñanza. Por otro lado, el pueblo primitivo, con su instrumento de folklore y especialmente de arte popular. Dramática simetría: dos contra dos.

Examen de conciencia

Ahora, para nosotros, la cuestión se anuda así: ¿esta simétrica distribución debe aceptarse como definitiva?

Y, antes, otro punto necesitado de aclaración: ¿puede decirse que el resultado de la misma sea satisfactorio?

He aquí —sin prejuicio— a los intelectuales de Bolivia. Muchos de ellos viven en el extranjero. La carrera diplomática retiene a algunos, de entre los mejores. A otros, la personal situación económica les permite las varias formas de la ausencia del viaje y —para decirlo sin ambages— de la deserción. Otros, aún dentro del país, han tomado la vida con las gracias, pero también con las limitaciones del diletante; su presencia es de cuerpo, no de mente y de corazón. A bastantes de estos intelectuales ha esterilizado y esteriliza la política menuda. Pero, sobre todo, lo que parece privarles de robustez moral, es su apartamiento del pueblo, su desgano de las substancias fuertes y eternas, que constituyen el fondo vital del mismo. Entre los intelectuales bolivianos, la actividad intelectual parece ser, en parte, involuntaria; tiene, por ventura, más carácter de vicio divino que de humano trabajo... No, no son los únicos —los países americanos lo saben, España lo sabe— en languidecer de este mal.

Soy yo un rudo, tanto como sincero, amigo de Bolivia, y a la limpieza de corazón no le duelen prendas. Estoy seguro de que no va a tomarse a torcidas la aducción aquí de algunos nombres para documento fehaciente acerca del referido estado moral. Siempre el mismo método: a la categoría, por la anécdota; a lo general, por lo concreto; “la mia mente tira al conchetto”, diré como De Sanctis... Recordaré, pues, el desamparo en que la obra de la cultura se encuentra en Bolivia por parte de muchos de entre sus hijos mejores. Daniel Sánchez Bustamante, que rigió a comienzos del presente siglo la instrucción pública del país, y a quien se debe la fundación de la Escuela Normal de Sucre, vive hoy retirado. Apartado de la vida activa se encuentra igualmente, casi escondido en una de sus fincas de Cochabamba, aquel a quien llamaron el “Catón boliviano”, Daniel Salamanca, orador de palabra ardorosamente educadora. Alcides Arguedas, el novelista de la “Raza de bronce”, está en París. En París habitan también Adolfo Costa du Rels y Armando Chirveches. Alberto Gutiérrez se encuentra en Londres; Alberto Ostria Guriérrez, en Madrid; Ricardo Jaimes Freyre, en Washington. Esta dispersión no tendría importancia, y aun pudiera contribuir a acrecer el brillo de una sociedad intelectual escogida, en momentos en que la tarea nacional boliviana no necesitara del concurso de todas sus energías tensas. Que este momento no es el de ahora, nada puede denunciarlo con tanta viveza como una consideración paralela del estado actual de la gran masa demográfica del país.

Y no puede llamarse de redención todavía. Aquí el problema universal de la educación del pueblo se concreta localmente en el problema de la educación del indio. Este problema — esta angustia— se encierra, como ha dicho hace poco, con lúcida precisión, Faria de Vasconcellos, en el prólogo a la obra generosa y estimuladora de Alfredo Guillén Pinto, en estas dos bases: Desarrollar la raza, estimular su actividad, en el sentido de sus virtualidades

y de sus aptitudes naturales. Utilizar estas actitudes en provecho de la organización nacional.

Dos bases, una doble tarea. ¿Qué parte de la misma puede considerarse cumplida hoy? En 1826 —nos cuenta Guillén Pinto en su obra aludida— se crearon doce becas para indígenas en un seminario de La Paz. Desde entonces hasta 1905 hay un vacío. El ministro de Instrucción Pública, Saracho, crea las primeras escuelas ambulantes. Otro salto. Llegamos a 1911; se inaugura en este año la primera Escuela Normal para profesores de indígenas... Se recurre, pues, al instrumento habitual de las selecciones, a la pedagogía.

¿Con qué fruto? “Raza de bronce” de Alcides Arguedas, vasta composición novelesca, testimonio de la no curada miseria del indio, lleva la fecha de 1919. En el mismo año, Guillén Pinto consigna que no es raro echar en cara a los bolivianos que, en punto a la vida popular, todo el progreso de un siglo se reduce a la sustitución de la llama por la mula. Cinco años más, y con referencia al arte de Alfredo Guido, *puede todavía Arguedas decir que el indio de la meseta andina permanece tal como lo hallaron los soldados de Pizarro, sin cambiar apenas sus hábitos, ni su lengua, ni la esencia de su religión*. Fronterizo al ensayo de Arguedas, he leído otro de Ostria Gutiérrez: “*Las leyes para el indio —se dice en él— resultan ahora como en tiempos de Isabel la Católica: letra muerta, palabrería, cacareo oficial*”...

Mi lealtad pide perdón por traer estas pinceladas sombrías al cuadro brillante del progreso de Bolivia en los últimos años, que aparecerá, sin duda, con esplendor, en la misma publicación antológica a que el presente trabajo se destina. No lo haría si no encontrase en el hecho mismo de este progreso una segura garantía de que los males difusos e íntimos a que hemos convergido los ojos se pueden remediar y de que la vitalidad boliviana ha de lograr sin demora remediarlos. Mi fe en las grandes energías del país es, precisamente, la que me da el valor necesario para este examen de conciencia, que únicamente la ligereza podría considerar pesimista.

(Por otra parte, alguna diferencia ha de haber entre nosotros, hombres mordidos por una aguda conciencia de responsabilidad, y los blandos adulones, oradores raudos del hispano-americanismo).

La pedagogía de Paraná

Si el combate por la cultura ha dejado, en el caso que referimos, al agresor sin ventaja y al defensor sin cambio, bien será porque el arma no era la mejor o porque no lo era la clase de lucha a que se destinaba. Quiero decir, recordando nuestra distribución de grupos, nuestra atribución de instrumentos, porque *el tipo de pedagogía adoptado —apreciable en lo abstracto y en la intención— se haya, empero, mostrado —en concreto y en la realidad—, como deficiente ante las dificultades de la práctica*.

La institución fundamental en aquella obra viene constituida por la escuela. Pero la fijación del tipo de la escuela popular boliviana no se realiza hasta ya entrado el siglo XX. Puede afirmarse que data de la época de Sánchez Bustamante y que se forma por la confluencia de la fundación de la Escuela Normal de Sucre y de los trabajos de la misión belga Rouma.

Añádase que también a una confluencia de factores ideológicos debe aquella norma contorno y definición. De una parte, un factor nacional de tradición emancipadora y color liberal romántico y patriótico. De otra parte, un factor internacional, de procedencia, sobre todo, franco-italiana, y de inspiración positiva; inspiración comunicada a la escuela boliviana a través de la Normal de Sucre, por la que pudiera llamarse escuela argentina, hija en parte de la agitación de Sarmiento y gestada en la matriz de la Normal de Paraná.

La Normal de Paraná ha llenado de maestros a la Argentina. En ella han estudiado también, casi en muchedumbre, los de Chile, Paraguay y Uruguay. Los de Bolivia también, aparte de la influencia directa por ellos recibida de cierto número de maestros chilenos, igualmente en Paraná formados. En torno suyo, aquella Normal ha creado un ambiente que trasciende incluso a los medios universitarios y, más ampliamente, a la prensa, a la sociedad, a la política, a la vida toda. A una parte de los artículos que se leen cada día en la prensa menor de las Repúblicas del Plata ha trascendido lo que puede casi llamarse “los principios de Paraná”. A una parte de los discursos que se pronuncian en la Cámara también... Yo puedo hablar de aquel cambiante ideológico con cierto conocimiento de causa. Lo he respirado en 1921, principalmente en Santa Fe y en Rosario. Y si se me permite un corto paréntesis, diré que de este momento y de la reacción de este momento data el progreso de reflexión que hoy empieza a traducirse públicamente en este trabajo.

Quisiera caracterizar en unos cuantos rasgos de trazo rapidísimo estos para los cuales ya he soltado el nombre de “principios de Paraná”, nombre que, es claro, no debe entenderse al pie de la letra, sino en guisa de signo convencional alusivo. Ya hemos dicho que su inspiración era positivista; el racionalismo, pues, había de gobernarlas. En el racionalismo —en el racionalismo antiguo, por lo menos— el espíritu humano es considerado como un recipiente, que la labor pedagógica debe llenar de “conocimientos”. Estos conocimientos han de ser precisamente los de la “ciencia”; quiere decir, de lo que dentro del criterio positivista se considera como tal. Esta ciencia es universal por definición, como que, fundada en lo contraloreable(?) y positivo, y “más que en la verdad, en la exactitud”, no puede admitir la ingerencia importuna de los elementos espirituales hijos de la actividad o de la sentimentalidad o de la imaginación o de la poesía, ni mucho menos —¡abominación de abominaciones!— de la mitología. *Aquella ciencia es, sin embargo, política; vive estrechamente enlazada con un progresismo democrático liberal. Es también dogmática; no le asiste suficiente cantidad de filosofía ni de ironía para que admita la contradicción ni siquiera marginalmente.* (Es la ciencia convertida en pedagogía quien suele decir: “*la física*” afirma tal cosa... o *¿no conoce usted la Gramática!*”, etc.). Es, por fin, socialmente orgullosa, **y de lo contrario** procede el llamado “primarismo”, morbo de vanidad social, tara típica del saber a medias...

Pero guardémonos de entrar en el terreno de la caricatura. Basta con la primera y la última de las notas dichas, para que esta pedagogía, *enfrentada con un problema de tan ardiente complejidad como el de la educación del indio —que en otras partes será, con términos apenas distintos, el de la educación del pueblo—, haya de resultar estéril.*

Basta con saber que, para ella, la cultura se reduce al conocimiento y que en ella el educador se considera superior al educando, para comprender que, ante un alma primitiva, esta arma carece de eficacia y de poder. ¿Y entonces?

Hacia otra pedagogía

Hubo de impresionarme mucho leer una vez, en las crónicas sobre Bolivia, escritas por el argentino Jaime Molins, referencia a alguien —no decía quién, o no recuerdo quién— que había explicado cómo, no el maestro, sino únicamente el cura, era capaz de educar a los indios. Los términos literales de esta aseveración me interesan menos que la realidad compleja que tras de ellos apunto. Cuando aquella dice “el maestro”, yo leo sin dificultad: el maestro positivista; o en concreción más apretada: el maestro inspirado en los principios de Paraná. Y cuando habla del “cura”, a mi me parece tener derecho a leer: alguien que se coloque frente al alma primitiva, en actitud análoga a la del sacerdote, es decir, en actitud plenamente espiritual, conociendo y manejando, no los registros del entendimiento tan sólo, sino los de la vida toda.

Pero afino todavía más, y me parece que el sacerdote propiamente dicho, es decir, el ministro de una religión cualquiera “que no es originalmente la del grupo humano que él considera destinado a recibirla”, ha de tropezar con una limitación, ha de tener un inconveniente inicial; y es la imposibilidad en que se encuentra, a menos de la laxitud dogmática, de entrar en colaboración, siquiera interina, con ciertos puntos de vista, con ciertas costumbres propias del material humano que es objeto de su tarea educadora. Mas, ¿qué acontecería si en presencia del mismo se colocaran educadores que, con igual complejidad vital que el tipo del sacerdote, no tuvieran sus limitaciones dogmáticas y pudiesen sinceramente entrar en colaboración con la misma alma popular y utilizar para la obra de cultura “sus mismas fuentes espontáneas de creación”? *¿Qué sucedería si, por ejemplo, el maestro de nuevo cuño, en lugar de pretender extirpar una costumbre, un sentimiento, un mito, tomara, generosamente, esta misma costumbre, este mismo sentimiento, este mismo mito, y los elevara, utilizando sus virtudes activas, hasta dotar a la costumbre, de normalidad jurídica; al sentimiento, de sociabilidad benévola; al mito, de simbólica verdad?*

Todavía otra observación. Ésta nos la da nuevamente Guillén Pinto. Viene Guillén Pinto a decir que, mal por mal, la única escuela con que los indígenas han contado realmente en Bolivia ha sido el cuartel... ¡Hola! ¡Aquí hay otro rastro, otro camino! ¿Con que el cuartel, es decir, el lugar donde después de esto, y por tocado —iba a decir “infestado”— que está el aire de pedagogía, lo que “se hace” es casi siempre incomparablemente superior, en cantidad y en intención, que lo que “se aprende”; donde el “ejercicio” —¡cuando no la guerra misma!— domina a “la enseñanza”?... ¿Y no será esto porque el ejercicio calienta a los hombres y los hace, por la efervescencia, capaces de transformación, tanto como la enseñanza les deja fríos? ¿Y no será porque, en rigor, no “se aprende” nada, sino lo que “se hace”? ¿Y no será porque “la actividad” sea realmente la gran educadora, tanto como es disgregadora “la

pasividad"? *¿Y no será porque sólo "sepamos" de veras las cosas que hacemos? ¿Y no será porque la auténtica y única función del espíritu consiste en la "creación"?*

Toda la psicología, toda la didáctica "activista" contestan por mí. Contesta, no sólo en lo próximo un John Dewey, sino en lo remoto un Fichte. Y contesta el sentido concorde de las intuiciones de todos los grandes plasmadores de humanidad, maestros o emperadores o fundadores religiosos... Pensemos en la diferencia entre lo que significa "un árabe", antes y después de Mahoma. Y pensemos que la misma diferencia podría haber entre "un indio", antes y después de una obra de educación fundada en la actividad.

La otra arma

Y ya está dado el paso definitivo en nuestra rebusca. Buscábamos una arma nueva. Sabemos ahora cuáles han de ser sus características. De una parte: simpatía, sentimentalidad, colaboración, sentido de la totalidad y, por decirlo en una palabra, "poesía". De otra parte: actividad, autenticidad, ejercicio, y, para decirlo en una palabra, "trabajo". En síntesis, que el instrumento para elevar todo un pueblo a la cultura ha de ser "un trabajo poético". Añadiré "épico", para subrayar debidamente la necesidad de aquella colaboración.

Pero cuando el trabajo poético y épico comprende a un pueblo todo, ¿no se identifica con el folklore, no puede llamársele también folklore?

Volvamos siempre a nuestra distribución. Dos fuerzas. Dos armas. La minoría selecta, la masa indígena. La enseñanza, el folklore. En el combate, la primera de estas armas falla, se demuestra inútil. ¿Qué debe hacer el combatiente? ¡Apoderarse de la otra! Sujetar el puño del enemigo —¡al amado enemigo de las batallas de cultura!—, y apretar y apretar, hasta que suelte la que blandía. Y con el nuevo instrumento en la mano, dominar, que es amar...

Ahora, en términos generales: la norma esencial para la educación de una muchedumbre por una minoría, preceptúa que la minoría entre en colaboración con las creaciones espontáneas de la muchedumbre y la eleve hasta la altura ideal.

El arte popular como número de la actividad educadora

Imagino, pues, una "Kulturkampf" en Bolivia, que, *"abandonando pedagogismos estériles y escarmentada de la etapa de primarismo y positivismo, liquida esta etapa con algo parecido al examen de conciencia que nosotros demasiado torpemente hemos esbozado, que se dice: desde mañana raya y cuenta nueva"...* Esta gran masa étnica que la Nación cuenta dentro de sí y cuya redención es necesaria para la plena y definitiva constitución nacional, voy a tratarla de modo distinto que hasta ahora. Lejos de tratar de imponerle orgullosamente un tipo de civilización —que no es el suyo—, basado en un ideal de ciencia —que no es ni puede ser propiamente el de nadie—, *va ahora a procurarse que los selectos se acerquen a ella con generosidad, con humildad, para estudiar las creaciones propias de ella, recogerlas, encauzarlas, sublimarlas, desenvolverlas en un círculo amplio y constituir con ellas una forma de civilización acabada.* Intersticialmente se insertarán en el conjunto constituido así un cierto número de principios, un cierto número de leyes universales de cultura. El indio pedirá "pan" en su Padrenuestro, aunque de momento lo que él haga en la vida no sea precisamente

comer pan, sino mascar coca. El indio adoptará el alfabeto latino y los guarismos arábigos y aprenderá el castellano, pronúncielo bien o pronúncielo mal. Dulcemente y sin demasiada exigencia, encaminará sus costumbres hacia ciertas formas institucionales, que el general consenso o la moral cristiana hacen considerar preferibles: así la monogamia, que se procurará supere las cautelas de la “servinacu”; así el vestido púdico, que se procurará ser apetecido por encima de las blandicies perezosas de la semidesnudez... Pero, aparte de estos tres o cuatro puntos fundamentales, en que la minoría ha de aparecer inevitablemente como formadora, en lo restante, en el campo infinito de lo restante, que la minoría sea, por un tiempo, tanto como maestra, discípula del tesoro, en tan gran parte inexplorado todavía, del alma popular. Que conozca las formas en que éste se realiza; que ayude al pueblo a realizarlas. Las del arte popular, las de los oficios vivos y las tradicionales profesiones, sobre todo, que son las más aptas para la concreción vivificadora del “hacer”. Que el periódico no sea ya enemigo del refrán; ni el libro, de la canción; ni el monumento, del poncho; antes los primeros continúen a los últimos con fidelidad, sin salto, con una insensible gradación desde la oscuridad humilde hasta el ápice luminoso. ¿Qué más me da que en Bolivia surja un paisajista, por ejemplo? Mañana un pintor alemán cruzará los Andes y pintará los aspectos de la naturaleza boliviana mejor que aquél. ¿Qué más me da que se establezca en Potosí una manufactura de tejidos a la moda de París o a la de Washington? En Washington o en París siempre fabricarán mejor tales alfombras. ¿Qué más me da que las zarzuelas madrileñas se ejecuten también en los teatros de La Paz? Lo que yo quisiera es que la música quichua anónima llegase naturalmente y por una elevación sin violencia, a producir, como en árbol de sanas raíces un rico fruto, el poema musical boliviano.

Habrá, en una tarea así, la redención para los unos, la paz de conciencia y el premio de la alegría para los otros.

La cara del indio no sabe reír, me dicen. También el intelectual boliviano, onerado por no sé qué ancestral melancolía, ríe poco...

Yo tengo, empero, la esperanza de que el tiempo de la risa gozosa habrá de coronar, por fin, a una colaboración como la que sueño.

El cultivo solitario y antisocial de la mente se llama orgullo, cuando no se llama nihilismo. El ejercicio miserable y servil de las manos se llama resignación, cuando no se llama desesperación. Orgullo, nihilismo, resignación, desesperación, total: tristeza. La alegría sólo se consigue cuando, con no romperse la unidad del ser, la unidad del cuerpo social tampoco se rompe. Cuando manos y mente entran en juego; y cuando la ley del juego es la fraternidad.

La alegría es el premio propio del artesano.

He aquí, pues, en dos palabras, lo que propongo: *una educación pública que continúe y perpetúe la obra del arte popular. Una educación que, inspirada en el folklore, se cifre en la artesanía.*

Precisiones

No nos confundamos. Cuando hablo de un tipo de educación así, no me refiero, en modo alguno, a la enseñanza de artes y oficios, “como especialidad”.

En La Paz y en Cochabamba se establecieron en 1914 y por iniciativa del ministerio Calvo, las primeras escuelas de artes y oficios. Fue una buena obra. Ha dado algunos resultados... No fue, no podía ser, la solución de ningún problema. Empezaban los profesores por ser extranjeros. Y a mí —que no soy jingoísta ni chovinista de ninguna patria; que, al contrario, he combatido en batalla ideológica continua y tenaz contra las mil formas, más o menos disimuladas, de patriotismo que se me han puesto delante—; me parece, sin embargo, que para una tarea así, más que para cualquier otra, los maestros, dispuestos al contacto con la población indígena, deben ser indispensablemente nacionales. Bien que a ellos les forme un extranjero, si es necesario y donde sea necesario; bien, incluso, que los futuros maestros, en sus años de preparación, se instruyan en Europa o en los Estados Unidos o donde puedan aprender, ya la última palabra de tales métodos, ya el último secreto de tales técnicas, ya el gusto lentamente elaborado por la evolución histórica, ya la orientación filosófica o moral... Pero, aun de estos jóvenes —repitámoslo—, el último y definitivo maestro “debe ser el pueblo mismo”. Y el pueblo jamás revelará enteras sus lecciones a quien en una comunidad nacional no forme parte de él. El folklore de una país puede ser para un extranjero materia de erudición. Jamás lo será de colaboración, de continuación, de creación, de poesía.

Mas lo más importante es que aquel ideal de la educación por la artesanía, del saber por el oficio, tiene que ver muy poco con la constitución de escuelas especiales para este menester. Mi visión es mucho más amplia. Hablo de una artesanía que centre y observe “toda” la obra de educación. Busco, y creo haber hallado, “un crisol en que fundir la Nación entera”... Evidentemente, para los adultos ya es tarde. Hay que pensar en las promociones que se levantan.

“Los métodos que han de servir para la educación de nuestros indígenas, aún no han nacido, ni por mucho tiempo los tendremos conocidos”, escribía Guillén Pinto en 1919... Pues bien, yo creo poder dar la norma general de uno, de gran alcance.

Las líneas generales que voy a dar aquí, ni siquiera son —recordemos lo que al principio de este trabajo queda escrito sobre el paralelismo entre el problema y la angustia bolivianos y los de otros pueblos— pensadas privativamente para Bolivia. Son las mismas cuyo oficial establecimiento iba a coronar una labor al frente de la instrucción pública de Cataluña, desarrollada entre los años 1917 y 1920, y que en este último año el oscurantismo localista logró terminar y asfixiar.

Bases

He aquí el presupuesto social de aquel proyecto, que hoy aduzco, enlazándolo con mis reflexiones sobre el problema fundamental de Bolivia: las clases de un país —quien dice las clases, dice las razas— deben ser constantemente refundidas y recomfortadas en una

profesionalidad común. Esta refundición la daba antaño la guerra. Hoy no puede darla más que el trabajo... Sin una refundición así, los grupos sociales se anemian y degradan.

He aquí, luego, el presupuesto psicológico: *sólo sabemos lo que creamos. El hacer es el único camino del saber. El oficio, el de la ciencia.*

Todavía, una consideración previa utilitaria: los que hoy tengan la responsabilidad de orientar y regular la vida profesional de un país cualquiera, se encuentran obligados a evitar en lo posible las perspectivas de proletarización. Es conveniente dar a cada profesión una posibilidad de salvador acomodo por retroceso, en el caso de falta de éxito en el movimiento de avance a que el estímulo inicial, muchas veces excesivamente ambicioso, haya lanzado al interesado.

Después de estas indicaciones fundamentales, las bases propiamente dichas de la reforma:

Primera: identificación de la llamada “primera enseñanza”, con la agricultura. En tesis general, todo ciudadano del país es o ha sido agricultor. En torno del “aprendizaje” —que no “enseñanza”— de la agricultura, queda situada la comunicación de las nociones —después de todo tan escasas y tan elementales en la realidad, aunque parezcan numerosas y complicadas en la convención— que hoy da o pretende dar la escuela primaria. Esta escuela es sustituida por la granja... No conozco instrumento más soberano para la producción de una solidaridad nacional.

Segunda: identificación de la llamada “segunda enseñanza” con la artesanía en sentido estricto. De los hijos del país que han practicado la agricultura, unos se quedan en ella, otros pasan al aprendizaje —siempre “aprendizaje”, nunca “enseñanza”— de las artes y oficios. En torno a este núcleo de creación auténtica, los trabajos manuales, se coloca la tarea de intensificación y complejidad necesaria de conocimientos, propia de este período de la instrucción pública. No se crea cosa tan difícil. Hay mucho de embeleco en la selva escolástica de institutos, gimnasios y liceos. Pocos serán los bachilleres que sepan más química que un buen tintorero o más mecánica que un buen chófer. En cuanto a teoría del arte, nada mejor que los alfareros o que los tejedores de ponchos. La escuela profesional sustituye así al liceo. El artesano, al bachiller.

Y así, luego, en la vida, si el artesano no logra personalmente el éxito apetecido, siempre le queda el recurso de retroceder hasta agricultor.

¿Será necesario añadir que el aprendizaje y práctica de estos oficios y artes debe, según nuestro criterio, orientarse hacia la continuación de las industrias populares auténticas?

Tercera: la Universidad es todavía en este proyecto una educación de aprendizaje profesional. A ella pasa cierto número de jóvenes de los que son ya, en primer término, agricultores; en segundo término, artesanos. Y en ella se hacen médicos, farmacéuticos, abogados, bibliotecarios, ingenieros, maestros de escuela, etcétera; pero, no, físicos, matemáticos o filósofos.

Cuarta: esta se deja para un muy reducido grupo; procede así, por elevaciones sucesivas de la gran masa popular, “pero no separado de ella ni impuesto a ella”. El físico, el matemático, el filósofo, es una flor nacida de la cultura general, pero no un producto artificial extraño a

ella... Y el que haya querido ser químico, y le hayan faltado fuerzas o suerte, que retroceda a la farmacia. Y si ni así, hasta la tintorería; y si ni así, hasta sembrar patatas. Todo, menos convertirse en un triste proletario de sombrero hongo o en un parásito social.

Y en todos los momentos y en todos los grados de esta cadena de aprendizajes, hacer, hacer, hacer; practicar, practicar, practicar. Y limpiarse el alma de vanidad, para quedar así digno de participar en la creación folklórica colectiva, en el “trabajo práctico y épico”.

Glosa epilodal, por ahora

En veinte, en quince, en diez años de esto, se refunda una patria y se resuelve un problema de su cultura.

Pero aun quisiera yo avanzar más en la reflexión y estudio de estos temas. Hoy los dejo aquí, con la esperanza de que algunos espíritus de Bolivia quieran no desampararme en la futura tarea.

Puesto que para la observación he escogido, por las razones que indicaba, esta “anima nobilis”, que la misma se preste al experimento. Conviene empezar a ver cómo reacciona.

No he escrito un tratado. He escrito solamente un capítulo. Ya anuncié entre qué asperezas, con qué dificultad. Quisiera haber sido entendido íntegramente.